

renunciaba a seguir escribiendo y el paseante se metía en el cine por primera vez, pero con empedernimiento de todas las tardes». Esto es lo que Gómez de la Serna reprocha a Azorín sobre todo, que haya renunciado a escribir, lo que le parece una traición, pues «el artista no se retira sino después de muerto», y que haya descubierto el cine «medio siglo después de estar funcionando». Pero, respecto a lo primero, si bien es cierto que en 1952, a los setenta y nueve años de edad, Azorín había anunciado su retirada, también es cierto que este anuncio no se cumplió, y que con posterioridad a esa fecha siguió publicando artículos y libros completamente inéditos (aparte de los que recopilaban su obra periodística anterior), algunos de ellos precisamente dedicados a ese cine tan tardíamente descubierto, y cuya asidua frecuentación por parte de Azorín equivalía para Eugenio d'Ors, y también lo cita Gómez de la Serna, poniendo así de manifiesto que las cosas podrían interpretarse de otra manera, a «su retirada al "Cinema de Yuste"».

Pero ni siquiera es esto todo. «Pero no son estas sorpresas las que han acabado por desilusionarme, sino un fenómeno de laboratorio que se ha producido en mi estudio de biografiador». Aparte del anuncio de su retirada y del tardío descubrimiento del cine, hay un tercera cosa que es la que sobre todo le ha causado su radical decepción respecto a Azorín. «En ese momento sorprendente... vi claramente a la luz de su fulgor que toda la conducta de Azorín..., todo condujo a este final en que como una sorpresa del crisol ha aparecido el oro verdadero, ese medio millón contante y sonante que le han dado las clases vivas y pudientes». Y con ello se refiere a un premio de medio millón de pesetas, dotado por diversos bancos de Madrid, que, a iniciativa de Serrano Suñer, le fue concedido a Azorín. Esto es lo que, por encima de todo, ha acabado por decepcionar completamente a Ramón de su hasta entonces «mayor admiración literaria». En fin, no quiero comentar este punto, pero, si Ramón hubiese vivido en nuestro tiempo y asistido a la avidez con que los escritores españoles del presente se lanzan a la caza y captura de todo tipo de premios millonarios, sin duda que sería más tolerante con las debilidades seniles de Azorín.

Quizá nos hemos extendido demasiado en este último epílogo que pone Ramón a su biografía de Azorín, pero este epílogo, tan breve y tan sorprendente, contradice tan radicalmente todo lo anterior, está escrito con un espíritu tan diferente al resto de la obra, que consideramos que, no es que pudiera ser interesante detenerse un poco en él, sino que resultaba absolutamente imprescindible.

Decíamos antes que el *Azorín* de Ramón era un libro singular en nuestra literatura, y ello no sólo por su indiscutible altura literaria sino por la generosidad, desusada en estos pagos, con que un escritor trata a otro de la generación inmediatamente precedente. Pero se ve que al final volvió a salir a flote el chico de la morería, ansioso de dirimir la contienda a pedrada limpia. Por supuesto que esta pedrada última, que este último epílogo no invalida lo que queda dicho en el resto de la obra; si bien es cierto que no todos los momentos tienen un mismo valor en la vida, y que el último instante posee siempre un valor peculiar en una biografía, en lo que representa de

recapitulación irrevocable. Pues si Ramón, al final de la biografía, ya en 1954, que es al mismo tiempo el comienzo del final de su propia vida (Ramón moriría en 1963, Azorín todavía le sobreviviría cuatro años más), descubre que Azorín no merecía el fervor que le había consagrado, es decir, que la «mayor admiración literaria» de su vida era una engañifa, de alguna manera, al descalificar a su hasta entonces admirado maestro, ¿no está al mismo tiempo descalificando su propia vida, o por lo menos proyectando sobre ella un halo dudoso? Por eso, el epílogo de 1954, aunque no invalide el resto de la obra, sí que nos deja, al acabarla, con un sabor agrídulce.

El tercer y último escritor que vamos a considerar es Ramón Pérez de Ayala, autor de un libro de ensayos, *Ante Azorín*³. El libro de Pérez de Ayala no tiene ni la clarividencia del ensayo de Ortega ni la agudeza de la biografía de Gómez de la Serna, pero sirve para completar la imagen que tuvo de Azorín la generación de 1910. En realidad el *Ante Azorín* de Pérez de Ayala ni siquiera es un libro unitario, sino una recopilación de artículos (aunque no sólo artículos, hay también intercalado algún poema que otro), recopilación establecida, después de la muerte de Pérez de Ayala, por el benemérito azoriniano José García Mercadal.

Para Pérez de Ayala, «una de las personalidades literarias españolas contemporáneas más definidas es la de Azorín». «Antes que él nadie escribía como él en castellano. Ni tampoco después de él se le parece nadie; y los que menos se le parecen son los que intentaron imitarle». Pues, aunque el estilo de Azorín «induce a la imitación», y son muchos en efecto los que «se han aplicado a imitarle», siempre «en esa imitación faltaba lo esencial de Azorín: el perfume espiritual, profundo y vago».

Azorín, volviendo la espalda a los valores admitidos como sublimes, se encara con las cosas pequeñas, con lo habitualmente desdeñado, pues «en fuerza de prestar atención a lo menudo, a lo inerte, a lo huidizo, a lo desdeñado, se llega a descubrir el enigma», el enigma de la realidad, que no es sino «un flujo vertiginoso de átomos locos», como ya habían visto Heráclito y Lucrecio. «¿Como detener este flujo?», parece ser la pregunta a la que responde el arte de Azorín.

Es la inteligencia, aliada con la sensibilidad, nuestra guía suprema en la vida, la inteligencia que «engendra dolor», pero que es al mismo tiempo «el placer más alto», pues «por la inteligencia gozamos el trágico placer de la vida», y también por la inteligencia, que nos descubre ese flujo vertiginoso de la realidad, podemos sin embargo «eternizar el presente, fijar, plasmar, inmovilizar su curso». Por eso, el hecho de que Azorín escriba en presente no se debe a un artificio literario, sino a «una necesidad de su espíritu, que se ase y aferra desesperadamente al presente, reteniéndolo». Y esto es lo que explica también el «sabor clásico de la prosa de Azorín, porque, a juicio del clasicismo, sólo el presente existe».

El tiempo ha sido siempre la gran obsesión de Azorín, un tiempo que es doble, pues, por una parte, existe para nuestro autor «una idea o conciencia absoluta del tiempo: el presente eterno», cuya característica es la «inmovilidad», y, por otra, el tiempo real, el tiempo que marcan los relojes, cuya característica es la «transitorie-

³ Ramón Pérez de Ayala, *Ante Azorín*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1964.

dad». Pues bien, la trágica sensación de transitoriedad, de lo efímero de todas las cosas del mundo, «empuja a Azorín desesperadamente a asirse y abrazarse al minúsculo círculo salvavidas del presente... acumulando en el breve momento y visión actual el mayor número de humildes presencias que consienta la fuga inexorable del tiempo». Y esta necesidad de salvación frente al flujo vertiginoso de las cosas es lo que explica, como decíamos, que su «único modo gramatical y cronológico» sea «el presente del indicativo». Y de ahí que Azorín tenga siempre «el gesto noble y triste de un desterrado de la eternidad», y que, frente al «vertiginoso ir dejando de-ser, de todas las cosas, en que consiste el tiempo real», sienta «un vértigo místico, que acierta a comunicarnos, a contagiarnos».

Como vemos, coincide, en parte al menos, Pérez de Ayala con Ortega y Gasset en la afirmación del intento de Azorín de salvar las cosas eternizándolas, haciendo que sólo vivan en presente, si bien, para Ortega, esto partía de una intuición radical sobre España, cuya vida era una eterna repetición, mientras que, para Pérez de Ayala, parte simplemente de la obsesión azoriniana por el tiempo y la contemplación del flujo vertiginoso de la realidad.

En fin, Azorín, singularísimo como escritor, ha sido siempre original en todos los géneros literarios que ha cultivado, y así lo ha sido en sus novelas, tan inconfundibles. De ahí que sea absurdo que algunos pretendan, luego de la publicación de *Félix Vargas* y *Superrealismo*, que Azorín se haya hecho vanguardista, pues vanguardista, «vanguardista de sí mismo», ya lo era desde el principio, «que es lo que ocurre a todo escritor de raza y auténtico», asevera Pérez de Ayala.

Sin tener ni la profundidad de Ortega ni la brillantez de Gómez de la Serna, el libro de Pérez de Ayala no está de ningún modo desprovisto de interés, y ayuda a completar la imagen que tuvieron de Azorín los escritores de la generación inmediatamente posterior. No otra cosa hemos pretendido en la presente ocasión, celebrar el veinticinco aniversario de la muerte de Azorín, agasar al escritor, recordando cómo lo vieron tres de los principales representantes de la generación de 1910. José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala; fueran cuales fueren las diferencias que pudiesen tener con Azorín, ninguno de los tres pone en duda su indiscutible altura literaria. Por supuesto que la imagen que nos ofrecen, su triple imagen distinta y complementaria de Azorín, es solamente una de las posibles. Otras generaciones tendrán otra imagen del escritor. ¿Y las generaciones actuales, qué imagen tienen de Azorín? Porque, desde luego, sería lamentable que no tuvieran ninguna. En cualquier caso, celebrar el veinticinco aniversario puede ser un buen pretexto para reanudar el contacto. Y la mejor manera de recordar a un escritor, de honrarlo, siempre será la lectura de sus obras.

Lorenzo Martín del Burgo



Jean Jacques Rousseau